

ANTONIO CAÑO

Rubalcaba

Un político de verdad

Índice

PRÓLOGO.	13
1. Del Colegio del Pilar a la agrupación de Chamberí	27
2. La forja de un servidor público	61
3. El hombre imprescindible	105
4. Vamos a acabar con ETA	155
5. El mejor candidato en el peor momento	219
6. Amigos, enemigos y compañeros de partido	267
7. Todo por Cataluña	305
8. La pieza indispensable para la abdicación	343
9. Y llegó Pedro Sánchez	387
10. Los últimos refugios	455
EPÍLOGO	483
AGRADECIMIENTOS	489

Prólogo

Poco después de las dos de la tarde de un cálido 11 de mayo de 2019, como en las fechas más solemnes, se abría la Puerta de los Leones de las Cortes para dar acceso hacia el pórtico de columnas al féretro, cargado por policías y guardias civiles, que contenía los restos mortales de Alfredo Pérez Rubalcaba. Detrás caminaba su viuda, Pilar Goya, acompañada del presidente del Gobierno y la presidenta del Congreso. Delante, al fondo de las escalinatas que descienden hacia la Carrera de San Jerónimo, esperaba una multitud que quería despedir a un repentino héroe nacional y ofrecer consuelo a sus familiares. Los aplausos sonaron con vigor. «¡Mucho ánimo, Pilar!», se escuchó gritar. «¡Viva el Partido Socialista!» «¡Viva España!» Se respiraba emoción sincera y contenida. Aunque se decía adiós a un político, aquello no era un acto político ni una convocatoria organizada por un partido, sino una verdadera concentración de afecto, una explosión espontánea de reconocimiento y, seguramente, de nostalgia. Los reyes de España, Felipe y Letizia, y los anteriores portadores de la corona, Juan Carlos y Sofía, habían acudido en las horas previas a la capilla fúnebre, instalada en el Salón de los Pasos Perdidos, por cuyas alfombras el personaje desaparecido había recorrido en sus veintiún años como diputado kilómetros y kilómetros con el teléfono al oído, practicando su

afición predilecta: conversar. Todas las demás autoridades del país se sumaron al homenaje: el presidente del Senado, los presidentes del Tribunal Supremo y del Tribunal Constitucional, ministros, diputados, líderes políticos. Millones de personas siguieron el acontecimiento en sus casas, a través de las muchas horas de retransmisión que le dedicaron todos los canales de televisión. Se declaró una jornada de luto oficial y las banderas ondearon a media asta. Todos los partidos, con excepción de Vox, suspendieron la campaña que en esos días se celebraba para las elecciones municipales, autonómicas y europeas del 26 de mayo. Por un rato, España olvidó la enorme polarización que ya dominaba la vida política en esos años para recordar a una figura que, inesperadamente, suscitaba el reconocimiento general. Fue la última contribución de Rubalcaba a la convivencia nacional.

«Me impresionó especialmente cuando bajamos las escaleras del Congreso», recuerda Pilar Goya. «Cuando apareció el féretro, la gente empezó a gritar, a gritarme, empezaron a llamarme: “¡Pilar, Pilar!”. Y eso que a mí nadie me conocía. Ahora me conocen un poco más. El otro día, una señora se me acercó en el autobús, me dio un beso y me dijo: “Tú ya sabes por qué”. Otra mujer en el supermercado me decía: “Yo no soy socialista, pero es que tu marido era admirable...”. Al Congreso se acercó todo tipo de gente, muchos le llevaban rosas, otros levantaban el puño, había quien se santiguaba y se arrodillaba, había quien le daba un beso, había quien se me acercaba, había quien ni se atrevía a acercármeme, había gente mayor, gente joven, nadie por obligación, nadie por cotilleo o por curiosidad. Me impresionaron mucho sus alumnos, estaban absolutamente desconsolados, se me abrazaban, lloraban. Y gente de la calle, que me decía: “Yo no le conocía personalmente, pero siento un gran respeto por él... Mucho ánimo”. Me impresionaron los mandos de la Policía

Nacional y de la Guardia Civil, todos tan emocionados y tan respetuosos. Y luego me contaron, porque yo no me moví en todo el tiempo del lado del féretro, pero me contaron que la cola en la calle era espectacular, que había un silencio impresionante, que hubo gente que hizo hasta tres horas de cola. Me dijeron que no se había visto nada igual. Fue como una especie de catarsis, una catarsis colectiva.»

No se había visto desde luego nada igual. Más de ocho mil personas contó la Policía Municipal de Madrid que habían desfilado delante del féretro durante las menos de ocho horas que permaneció expuesto. Otras tantas se concentraron en la puerta y a lo largo del recorrido del cortejo fúnebre hasta el cementerio de Tres Cantos. Aquello solo podía compararse con el funeral, cinco años antes, de Adolfo Suárez, quien, como Rubalcaba, había conseguido sumar afectos de todas las ideologías políticas o de ninguna ideología en particular. Pero, a diferencia de Suárez, el primer presidente de la democracia, una de las figuras míticas de la Transición, Rubalcaba ni siquiera había llegado a ser jefe del Gobierno; se reconocía simplemente su trabajo, su persona. Su aportación al socialismo y a España fue extensa y decisiva en muchos frentes y a lo largo de muchos años, como se comprobará en las páginas que siguen, pero nunca alcanzó la cúspide del poder, y su propio partido lo reconoció con los honores del máximo cargo, el de secretario general, únicamente durante tres muy difíciles años.

Los méritos que reconocían en Rubalcaba los miles de personas que se concentraron para despedirle no eran, por tanto, los de su rango o títulos, sino los de su obra y su figura. Sus méritos fueron sus logros, su servicio a la sociedad y su conducta personal. Tardó en entenderse esto. La magnitud del duelo por Rubalcaba sorprendió a todo el mundo. De hecho, es posible que la clase política no se hubiera volcado como se volcó si

no hubiera percibido, como se percibió desde el anuncio de su muerte, el sentimiento de pérdida y dolor que se había apoderado de una gran parte del país, un país que llevaba años asistiendo a la degradación del debate político, a la explotación electoral del odio contra el adversario, al crecimiento del sectarismo y de la mediocridad, al ascenso de la demagogia y la superficialidad.

En medio de la ciénaga en la que se estaba convirtiendo la política en España, Rubalcaba, el recuerdo de Rubalcaba, emergió de repente para los ciudadanos como un gigante. En comparación con las figuras que cada día aparecían en los telediarios, Rubalcaba surgió súbitamente como un ejemplo de aquellos otros tiempos y aquellos otros políticos, de sólida formación y principios, que ponían al Estado como prioridad y eran capaces de entenderse con el adversario en un propósito supremo. En el reconocimiento a Rubalcaba había, por tanto, un reconocimiento a una generación de políticos que ya es historia, a una generación de dirigentes del Partido Socialista Obrero Español que también quedó ya en el pasado y a un tiempo de la historia de España en el que fuimos capaces de entendernos y de progresar en beneficio de la gran mayoría.

Rubalcaba fue un protagonista destacado de ese tiempo y un excelente ejemplo de lo que hemos dejado atrás. Químico y profesor universitario, entró en la política por convicción, por su deseo de participar en la construcción de un país libre y justo, que en aquellos primeros años setenta del siglo pasado todavía parecía remoto. Ascendió lentamente, pasando de un cargo a otro superior tras haber demostrado en cada uno su extraordinaria capacidad para obtener resultados por medio del trabajo, la perseverancia y la negociación. Triunfó en Educación, desde antes de ser ministro, con la Ley de Reforma Universitaria y la LOGSE, las leyes que modificaron el sistema educativo de la dictadura. Triunfó en Interior con el final de ETA, diseñado y